

In memoriam

Ateísmo e idolatría en la teología de Juan Luis Segundo, S.J.

Juan Luis Segundo es uno de los padres fundadores de la teología de la liberación y ha sido durante más de treinta años uno de sus más profundos y creativos pensadores. Juan Luis es ya un "clásico" de la teología y, más específicamente, de la teología que posibilitó y, a su vez, desencadenó Medellín. Desde 1987, además, honró a esta *Revista Latinoamericana de Teología* como colaborador y como miembro del comité de dirección.

Por todo ello, a las pocas semanas de su muerte, queremos recordar su obra —una vez consumada— por la importancia que tiene ya para la historia de la teología, pero también, y sobre todo, por la importancia que sigue teniendo en la realidad histórica y eclesial de nuestro mundo. Para ello voy a escribir unas breves líneas sobre uno de entre los muchos temas que Juan Luis abordó creativamente: el tema de la idolatría. Y elijo este tema porque también entre nosotros lo abordaron Monseñor Romero e Ignacio Ellacuría, y porque sigue siendo central en nuestro mundo, pero, precisamente por ello, permanece interesadamente encubierto.

* * *

Reconocidamente, Juan Luis Segundo ha sido maestro de la sospecha, y la más fundamental consistía para él en que la teología —so capa de hacer el bien— pudiese contribuir a la opresión —y de ahí su conocido interés en la liberación de la teología. Esta tarea la llevó a cabo en el modo de tratar varios temas, y entre ellos, evidentemente, el tema de Dios.

Pues bien, poco después de Medellín, Juan Luis Segundo expresó la sospecha —formulada ahora en palabras nuestras— de que la teología estaba encubriendo el problema de la idolatría. En concreto, el mundo occidental era vícti-

ma de un monumental engaño al hacer de la idolatría cosa del pasado —engaño que además quiere mantener a toda costa. Por ello, su libro sobre Dios de 1970 parte del siguiente planteamiento. “Nuestra reflexión comienza interesándose mucho más por la antítesis —aparentemente fuera de moda— *fe-idolatría* que en la —aparentemente actual— *fe-atéismo*” (*Nuestra idea de Dios*, p. 18). Y la razón de comenzar por ahí consiste en que en el modo de relacionarse con la realidad divina, los seres humanos procedemos, en orden de importancia, de la siguiente manera: “primero el actuar con rectitud en la historia; segundo el concebir a Dios en la línea de la luz o de las tinieblas; tercero el declarar si existe o no” (*ibid.*).

No pretendo ahora hacer una exégesis de estos textos, pero sí quisiera mencionar lo mucho que me iluminaron —junto con la propia realidad centroamericana— cuando tuvimos que enfrentar entre nosotros la idolatría en su cruda realidad —y por eso lo que escribo a continuación son las reflexiones de aquellos años, en parte ya publicadas en otros lugares.

Lo fundamental del planteamiento de Juan Luis Segundo, sin negar la importancia de ahondar en el tema de la fe y el ateísmo, consiste en hacer central la praxis (que sea “recta”) y en plantear el problema teológico de una forma específicamente dialéctica: no sólo si existe algo último o no, sino si existen realidades últimas que están en relación excluyente y dúmica. Recaltar esto es de suma importancia porque la teología moderna ha aceptado, sin crítica, que su polo referencial (expresado desde lo negativo) es el ateísmo y no la idolatría (de manera que ésta queda encubierta y puede seguir actuando sin sentirse amenazada). Que esto es así, lo reconoce, por lo que toca a la exégesis, J. L. Sicre, en su libro de 1979, *Los dioses olvidados*. En la introducción viene a decir que la idolatría parece haberse convertido en una pieza de museo, sin interés vital ni actualidad para gran parte de los escrituristas.

El por qué de ese olvido puede estar en el presupuesto ingenuo —“interesado”, más bien— de que la idolatría se expresa esencialmente al nivel religioso y cultural y no sería por ello problema en las sociedades occidentales ilustradas. De ahí que el autor constate que la idolatría se estudia casi siempre desde una doble perspectiva: el uso de las imágenes en el culto jahvista y el culto a los dioses paganos. Es éste un enfoque estrictamente cultural, centrado en la problemática de hace muchos siglos, pero no en la del mundo actual. La conclusión es que, con excepciones como la de von Rad, no se ha tratado adecuadamente desde el Antiguo Testamento el significado de la idolatría para nuestro tiempo. Y lo más grave es el presupuesto: porque la idolatría ya no sería un fenómeno del mundo occidental ilustrado.

Tampoco en la teología sistemática progresista la idolatría ha sido el polo dialéctico habitual para reflexionar sobre Dios, sino que éste lo ha sido el ateísmo. Cuando se menciona la idolatría, su tratamiento se reduce prácti-

camente a afirmar su condición de posibilidad —el ser humano es capaz de absolutizar lo relativo— y a concluir, genéricamente, la deshumanización que ello conlleva. Pero no suele historizarse lo que se absolutiza, ni su jerarquización, ni cuál es su *analogatum princeps*, ni las víctimas que produce.

* * *

Aquí, entre nosotros, en 1979 el documento de Puebla tuvo la audacia de mencionar los ídolos y de mencionar los que están más actuantes en el presente: las realidades históricas que hacen contra el verdadero Dios. El análisis *teórico* que hace Puebla se contenta con la afirmación (transcendental) de que cualquier realidad creada puede convertirse en ídolo, pero en su análisis *histórico*, los nombra: “la riqueza, el poder, el Estado, el sexo, el placer o cualquier creación de Dios, incluso su propio ser o su razón humana”. Y también los jerarquiza, pues los ídolos que más analiza a continuación son el de la riqueza (nn. 493-497) y el del poder político (nn. 498—506).

Con mayor precisión teológica y concreción histórica, Monseñor Romero analizó la idolatría, siguiendo en ello a Ignacio Ellacuría. Mons. Romero no se contentó con repetir la posibilidad antropológica transcendental de la idolatría, sino que la analizó históricamente y distinguió la capacidad subjetiva de absolutizar lo que no es Dios y la realidad concreta objetiva que se absolutiza. Para la realidad de El Salvador distinguió, en 1979, entre el ídolo de la riqueza-propiedad privada y el de la seguridad nacional, por una parte, y el ídolo de las organizaciones populares, por la otra. En cuanto absolutizadas, todas estas realidades se convierten en ídolos, pero lo que se absolutiza es distinto por su propia naturaleza. Las dos primeras son fundamentalmente malas, mientras que la absolutización de la organización parte de algo fundamentalmente bueno.

El tener delante *qué* es lo que se absolutiza, y no sólo la capacidad subjetiva para absolutizar, es lo que permite jerarquizar a los ídolos, problema teórico y práctico de suma importancia. El criterio de jerarquización lo determina aquello que más se opone al Dios de vida y, por ello, a la vida de los pobres, aquello que genera muerte más masiva, injusta y cruel. Por esa razón, el *analogatum princeps* de la idolatría es la absolutización de la riqueza-propiedad privada estructural, que se convierte, en lenguaje de Medellín, en “violencia institucionalizada” (Paz 16). Ese ídolo es el peor y más grave de todos por lo que produce, pero también porque genera otros ídolos: la doctrina de la seguridad nacional al servicio del ídolo de la riqueza.

Por último y decisivamente, Mons. Romero analizó la idolatría desde las víctimas que produce, criterio último para saber si y en qué grado existen ídolos. Estos deshumanizan a quienes les rinden culto —es decir, sus adoradores terminan siendo víctimas de los ídolos que veneran—, pero su maldad más honda se

descubre en las víctimas que producen en otros: un mundo de pobres y oprimidos, sujetos a la muerte lenta de la pobreza y a la muerte violenta de la represión. Esas víctimas son producidas por necesidad, pues los ídolos las necesitan para subsistir —de ahí que ídolos y víctimas son correlativos— y por ello Mons. Romero comparó los ídolos históricos con el mítico dios Moloc, en cuyo nombre se sacrificaban cotidianamente numerosas víctimas.

Desde esta perspectiva, podemos ofrecer ahora una definición teológica de la idolatría, que sea además relevante para nuestro mundo actual.

En primer lugar, los ídolos no son cosa del pasado ni realidades que sólo aparecen en el ámbito religioso, sino que realmente existen en la actualidad, son realidades históricas que configuran la sociedad, determinan la vida y la muerte de las mayorías.

En segundo lugar, esas realidades son denominadas ídolos en sentido estricto porque se presentan con las características de la divinidad: ultimidad (no se puede ir más allá de ellas), autojustificación (no necesitan justificarse a sí mismas ante los seres humanos), intocabilidad (no pueden ser cuestionadas y quien lo haga queda destruido).

En tercer lugar, el ídolo por antonomasia, originante de todos los demás, es la configuración injusta de la sociedad, estructural y duraderamente, al servicio de lo cual están otras muchas realidades: poder militar, político, patriarcal, cultural, étnico judicial, intelectual y, también con frecuencia, el poder religioso, que participan análogamente de la realidad del ídolo.

En cuarto lugar, esos ídolos exigen un culto (las prácticas crueles del capitalismo y de los pasados socialismos reales) y exigen también una ortodoxia (la ideología acompañante), prometen salvación a sus adoradores (asemejarlos a los pudientes y poderosos del primer mundo), pero los deshumanizan, los deslatinoamericanizan y los desfraternizan.

Por último, y lo decisivo, esos ídolos, a través de sus adoradores, producen millones de víctimas inocentes, a quienes envían a la muerte lenta del hambre, de la indignidad y de la insignificancia, y a la muerte violenta de la represión.

* * *

Esta comprensión de la idolatría la creemos necesaria y útil para una teología cristiana e histórica, y ello a varios niveles, que ahora sólo podemos mencionar esquemáticamente.

Ante todo, recupera la *perspectiva original latinoamericana* al abordar la cuestión de Dios. "Millones de seres humanos fueron sacrificados sobre el altar

ATEISMO E IDOLATRIA

del oro y la plata. Oro y plata se convirtieron en los nuevos dioses" TSaul, Trinidad). "¿Por qué tanta violencia?... Sólo para que los cristianos realicen 'su fin último, que es el oro'" (L. Boff). *Dios y el oro en las Indias*, titula su libro Gustavo Gutiérrez. Y eso sigue siendo actual. En las palabras reciente de dos obispos panameños: "El oro, un dios que generó víctimas. El dolar, un ídolo que causa muerte".

Desde un punto de vista estrictamente teológico, la idolatría permite y exige una *visión teológica de la historia* que hace justicia a la realidad y a la revelación de Dios. Como lo hemos dicho otras veces, en la historia existe la realidad del (verdadero) Dios de vida y de los ídolos de muerte. Existen mediaciones correspondientes a esas divinidades: el reino de Dios y el antirreino (sociedades que llevan a la muerte, la *pax romana*, una sociedad alrededor del templo en tiempos de Jesús). Y existen mediadores: Jesús, por una parte, sumos sacerdotes, Pilatos... por la otra. Pues bien, estas dos series de realidades existen de manera dialéctica, excluyente y dúelica. Plantear el problema de Dios desde fe-idolatría permite y exige esta visión teológica de la realidad, lo cual no ocurre o no tiene por qué ocurrir desde la perspectiva de fe-ateísmo. Y si Dios es el Dios de la vida justa, el *analogatum princeps* de los ídolos se determinará según su capacidad para generar muerte por necesidad. Ídolos y víctimas históricas se hacen realidades correlativas.

Esta visión de la historia es corroborada por la *Escritura*, y, a su vez, facilita releerla desde la idolatría. En los evangelios Jesús procede dialécticamente, contrapone en sus parábolas dos tipos de ser humano, de modo que lo que realmente se dice de uno se esclarece desde lo contrario que se dice del otro. A veces, aun en la misma formulación, Jesús enuncia alternativas paradójicas y excluyentes: "para ganar la vida hay que perderla. y quien la pierde la gana"; "quien no está con él está contra él". De esta forma —dialécticamente— ilustra lo positivo que quiere decir. Y así también aborda el problema de Dios: "no se puede servir a dos señores".

Jesús plantea la cuestión de Dios dialécticamente desde la existencia de varios dioses entre los cuales hay que elegir, y —en la explicación de la inexorabilidad de tener que elegir— deja claro lo que significa la elección: servir a uno es aborrecer a otro. Para Jesús, la pregunta a los seres humanos no es sólo si creen en Dios, sino también en qué dios no creen "y" a qué dios "aborrecen". A esos dioses que hay que aborrecer, no sólo ignorar, Jesús los tiene por "señores", y, al contraponerlos a Dios, los tiene como dioses.

Aparece, pues, en Jesús, con toda claridad la idolatría y, por cierto, con las características formales con que antes la hemos descrito sistemáticamente. El ídolo para Jesús no es un ídolo "religioso", sino una realidad histórica existente: mamón, la riqueza. Es un ídolo que ofrece salvación a quienes le rinden culto (éste es el presupuesto con el que operan los ricos a quienes Jesús desengaña y

anatematiza), pero su salvación es falsa para Jesús. Y es un ídolo que, a través del culto que exige, produce víctimas: los pobres.

En la teología de Juan la perspectiva dialéctica de la idolatría reaparece con gran vigor. Los dirigentes judíos pretenden conocer a Dios: "el es nuestro Dios", pero Jesús sentencia "ustedes no conocen a Dios" (Jn 8, 54s). Y ese desconocimiento no lo interpreta Jesús en la línea del error noético, sino en la línea de la idolatría, como afiliación a otros dioses, al "diablo", del cual dice que es "asesino" (Jn 8, 44).

La teología de Pablo apunta también a la cuestión de Dios desde la idolatría en Romanos 1, 18-32. En el origen del desorden radical está el acto primigenio no sólo de desconocer (noéticamente) a Dios, sino de oprimir la verdad con la injusticia (1, 18), lo cual lleva a una específica negación de Dios: cambiar la verdad de Dios por la mentira y así adorar a la creatura en vez del creador (1, 25). Las consecuencias de la idolatrización de la creatura son la propia deshumanización (1, 26s) y acciones y actitudes externas que —en nuestro lenguaje— hacen víctimas a otros: injusticia, perversidad, codicia, maldad, envidia, homicidios... (1, 29ss).

Esta visión dialéctica y antiidolátrica de Dios tiene sus raíces en la esencia de la fe de Israel. Así, el primer mandamiento dice programáticamente: "Yo soy el Señor, tu Dios, el que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. No tendrás otros dioses ante mí" (Dt 5, 6-7). La formulación es excluyente: hay que aceptar a Jahvé "y" no tener otros dioses, y las razones que se dan para ello en la Escritura son múltiples: Jahvé es quien los ha salvado, mientras que los otros dioses no salvan porque son inanes ("yendo en pos de la Vanidad se hicieron vanos", Jer 2, 5).

Pero esta inanidad de los otros dioses —a lo que se suele reducir la teología al hablar de los ídolos— no es la única ni la más importante realidad de los "otros" dioses del primer mandamiento. Según von Rad, los profetas sacaron de este (primer) mandamiento una conclusión completamente nueva cuando lo aplicaron a la divinización de los instrumentos terrenos del poder. Entonces, aunque inanes salvíficamente, esos dioses forjados y adorados por los hombres dejan de ser inanes y se hacen bien activos. Según los profetas, es inútil poner la confianza en los ídolos (la realidad histórica de las grandes potencias, Asiria y Egipto, en su tiempo; la riqueza de siempre), pero además hay que aborrecerlos porque estos ídolos producen víctimas: huérfanos, viudas, emigrantes, pobres, débiles, miserables..., víctimas, por cierto, a quienes Dios llama "mi" pueblo en Isaías y Miqueas. Estas víctimas son las que muestran la maldad de los ídolos, no sólo su inanidad salvífica para sus adoradores.

Y aquí está la razón objetiva de que no se debe adorar a otros dioses: porque su realidad es por esencia contraria a la realidad de Jahvé. Si éste produce vida,

ATEISMO E IDOLATRIA

aquéllos producen muerte. No es, pues, sólo que exista Dios y otros dioses, sino que éstos son “rivales” y están en lucha. El sincretismo es, entonces, imposible por la naturaleza misma del asunto: entre el Dios de vida y los ídolos de muerte no puede haber sincretismo. Y la fe en Dios tiene que ser, por esencia, no sólo monoteísta o monolatría, sino *anti-idolátrica*.

* * *

Para terminar hagamos dos breves reflexiones desde la perspectiva de la idolatría que hemos estudiado. Por lo que toca a la *teología*, ésta debe mantener, por necesidad, la dimensión dialéctica y duélica, lo cual lo recordamos porque en la actualidad abunda el pensamiento “leve”, la no confrontación... Pero esto, en el fondo, es simplemente imposible para una teología cristiana, y la razón última teológica es la existencia de ídolos. Para afirmar la verdad de Dios no basta con la afirmación positiva, si, simultáneamente, no se aduce la afirmación negativa. A pesar de las apariencias, nada importante se ha dicho todavía al afirmar que se cree (o no se cree) en Dios hasta que no se diga en qué dios no se cree y qué dios se combate. Dos cosas, pues, hay que decir, para decir la verdad total: un sí y un no. Y la teología debe introducir en su quehacer ambas cosas.

Hemos hecho de la idolatría algo central para la fe y para la teología, pero a la postre lo que le interesa es *Dios* (juntamente con su reino). Desde todo lo dicho en estas páginas, dos cosas podemos ofrecer como (posible) *mystagogia* en el misterio de Dios. En primer lugar, que la fe sea *anti-idolátrica*, *en contra* de los ídolos. Y en segundo lugar, que la fe esté transida de un verdadero culto a Dios, que consiste en el amor al hermano. Dicho en forma negativa —desde la idolatría—, “todo el que aborrece a su hermano es un asesino y ningún asesino conserva dentro la vida eterna” (1Jn 3, 15). Dicho en forma positiva —desde la fe: “A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros” (1Jn 4, 12). No hay aquí argumentación que obliga, sino *mystagogía* que invita. Pero ahí queda —desde la lucha contra la idolatría— la invitación a la fe.

Este es, en nuestra opinión, el aporte importante de Juan Luis Segundo. Nos ha enseñado a ver a Dios en el Jesús histórico de Nazaret y a ir a Dios en la práctica histórica de su seguimiento (lo que no hemos analizado en estas líneas). Y nos ha recordado lo obvio y tantas veces olvidado. Así lo expresó recogiendo la siguiente cita de Henri de Lubac, que también usó, por cierto, Ignacio Ellacuría:

Si faltó al amor o si faltó a la justicia, me alejo infaliblemente de ti, Dios, y mi culto no es más que idolatría. Para creer en ti debo creer en el amor y creer en la justicia, y vale mil veces más creer en esas cosas que pronunciar tu Nombre.

Jon Sobrino

